

Innovación, indicadores y la confusión entre medidas y realidad (Editorial)

José L. Arquero (Editor)

Universidad de Sevilla (España)

<http://dx.doi.org/10.12795/EDUCADE.2016.i07.01>

Como ya he comentado en estas páginas, llevo algún tiempo trabajando en las comisiones de garantía de calidad de los títulos que se imparten en la FCEYE. Ya se sabe, hay que presentar propuestas de mejora sobre situaciones que, a priori no parecen muy buenas a los ojos de los "hombres de negro". Una de las recurrentes es "la escasa participación del profesorado en innovación", afirmación que, basada en únicamente un número sin más contextualización, en el mejor de los casos no dice absolutamente nada, como el número en el que se basa.

Así, aprovechando que más de una vez, y ante distintas audiencias, he hablado sobre el tema, me permito recordar una serie de ideas que deberían ser obvias y conocidas por los actores de nuestro pequeño mundo, pero que a la luz de las evidencias. No lo son.

1. Participar administrativamente en un proyecto de innovación no es lo mismo que innovar. Aseveración que funciona igual de bien en negativo: No constar como participante en un proyecto de innovación no significa "no innovar".

Así que la primera es negar la mayor. Que no haya muchos profesores participando formalmente en proyectos de innovación no significa que no haya innovación de verdad en las aulas. Esto es así porque muchas razones, y una de peso es que los proyectos suelen tener una carga burocrática que casi nunca compensa lo escaso que aportan al peticionario; en muchos casos, poco más que el papelito que añadir a la colección de certificados absurdos para la ANECA o agencia autonómica (vivir por y para los papeles).

La segunda cuestión es mucho más profunda.

2. La innovación, para que tenga alguna utilidad tiene que dar una respuesta eficiente y mejor (en comparación con la forma actual de hacer las cosas) a un problema educativo perfectamente diagnosticado.

Hacer las cosas de forma distinta, sin una reflexión previa seria y sin valorar las alternativas no es innovación, es hacer experimentos de científico loco, y los experimentos de científico loco acaban mal, siempre. Hay que considerar en ese punto que las malas experiencias suelen precaver a todos (profesores y alumnos) contra nuevos "experimentos" por lo el coste real del fracaso es muy alto. Así que hay que pensar y leer mucho antes de actuar. Y plantearse muchas preguntas previas, como: ¿qué hay que mejorar?, ¿qué opciones hay para mejorarlo?, ¿qué tal han funcionado esas opciones en otros sitios?, ¿pueden transferirse los buenos resultados a mi contexto?, ¿cuáles de esas opciones son factibles a largo plazo? Esto último es esencial y da pie a la tercera cuestión.

3. El fin de la innovación exitosa es convertirse en la forma normal de hacer las cosas, es decir, institucionalizarse. Eso supone que hay un periodo de implantación generalizada en el que "no se innova" hasta comprobar de nuevo qué hay que mejorar, cómo, etc.

Así, si un determinado cambio se introduce de forma ordenada, se comprueba que efectivamente soluciona el problema inicial (o lo mejora), se pasa a generalizar su uso, en un proceso de implantación. Si esa mejora generalizada se mantiene en el tiempo, se ha solventado el problema, se institucionaliza y, al menos sobre ese aspecto, ¡no hay que innovar otra vez y de inmediato! El cambio continuo, en lugar de la implantación racional y ordenada de innovaciones exitosas, debe interpretarse más como una incapacidad de dar con una solución válida que como un éxito por contar con un equipo maravilloso de docentes innovadores-compulsivos.

Muy relacionado con el punto anterior hay que tener en cuenta que las innovaciones (las de verdad) se diseñan para que sean sostenibles. Eso quiere decir que el nivel de esfuerzo y dedicación que se solicita de los actores (alumnos, profesorado, en su caso PAS, etc.) debe ser proporcional a la recompensa que puedan percibir. Plantear una innovación que suponga doblar el trabajo de los profesores a cambio de una palmadita en la espalda es una estrategia abocada al fracaso y lo mismo con los alumnos. Ni que decir tiene que aquellas que requieren de un presupuesto abultado no suelen prosperar en el largo plazo. En mi experiencia como profesor, revisor y editor, muchísimas ideas y experiencias interesantes terminaban con un "el esfuerzo realizado parece ser demasiado alto, por lo que dejó de hacerse en el curso...".

Dejo para la última de hoy otra cuestión que sistemáticamente me encuentro en mi papel de lector, editor, revisor de literatura del área.

4. Hay más campos en la innovación, ¿que no sólo los cambios metodológicos!

Hay una confusión permanente en la que una parte (cambio en metodologías, a ser posible metiendo tecnología como sea) se confunde con el todo (innovación). La innovación busca la mejora planificada del proceso de enseñanza aprendizaje, empezando con algo tan poco tenido en cuenta como la definición de los objetivos educativos. Es más, si no sabes dónde quieres ir (objetivos) difícilmente vas a llegar nunca. La innovación, por tanto, puede plantearse en relación a cualquiera de las preguntas que definen el currículum: ¿qué (objetivos)?, ¿cómo (metodología)?, ¿cuándo (secuenciación)?, ¿cómo y qué evaluar?, etc.

Así que, confundir una lista de participantes con la realidad es un ejercicio sujeto a todo tipo de errores. Mejor sería evaluar los esfuerzos que se realizan por mejorar la situación, su coherencia y sus resultados teniendo en cuenta que deben ser apuestas meditadas con proyección a largo plazo, pero ¿a quién le importa eso cuando se puede mirar un número?, ¿no?